

LA UNION PARROQUIAL del Sur

UNA EXPERIENCIA SACERDOTAL EN BOGOTÁ

Cuenta poco más de dos años. Bogotá ha conocido el esfuerzo y rendimiento de un grupo de párrocos, unidos en la lucha apostólica por salvar las esencias cristianas de una gran ciudad moderna.

DESDE HACE CUARENTA AÑOS

Los colombianos venían observando en lo que va de siglo el lento, primero, y luego alarmante, transformarse humano de su capital. Marcadas quedaron en el telón geográfico de la urbe dos zonas con doble signo: la residencial, bella y mimada, hacia el Norte, y la algarabía de núcleos de viviendas de pobres y emigrantes camperos, que sin orden ni concierto formaron la zona Sur.

En este desdoblamiento de Bogotá, como en el de cualquiera de las grandes ciudades, si enormes fueron las necesidades materiales, las espirituales subieron hasta lo inimaginable. Por el año 1948 el señor arzobispo organizó la asistencia religiosa para estas gentes, que en los últimos veinte años han doblado su población en el mayor de los desconciertos urbanísticos y a hurtadillas de las autoridades municipales. Mas para el año 1957 ya el cardenal Luque había hecho factible la existencia de 17 parroquias en el distrito.

La inmensa mayoría de sus gentes vivían en condiciones infra-humanas. Y si la pobreza, en todos sus aspectos, originaba ruinas morales de todo género, la desocupación era un campo abierto a la delincuencia.

Los sacerdotes eran pocos y las parroquias pobres.

ASI NACIO

La respuesta al llamamiento apremiante de tantas interrogaciones no podía venir de una sola boca. Las consultas entre los párrocos venían a darles a conocer la terrible tragedia de 400.000 al-

PERIODICO SACERDOTAL

Número 132 - Mayo 1960 - Redacción: San Pablo, 17 - Salamanca

Administración: Vallehermoso, 38 - Teléfono 575600 - Apartado 10.059 - Madrid, 15

VOLUMEN III

SUSCRIPCION ANUAL: 75 PESETAS - EXTRANJERO: 1,50 DOLARES

NUMERO SUELTO: 8 PESETAS

Depósito legal: M. 677-1958

mas al borde de la desesperación por las cargas fiscales que a fines de 1957 se cernieron también sobre aquellas humildes gentes.

Los párrocos se decidieron a escribir al Gobierno proponiendo soluciones apremiantes. Por de pronto, en acción conjunta, se comenzaron las distribuidoras de viveres y las cafeterías social-parroquiales.

Pero aquello no bastaba, y urgía aprovechar hasta el máximo los grandes deseos de unión. Para encauzarlos hacia otros problemas palpitantes de la acción pasto-

ral. Así, poco a poco, se fué labrando un movimiento que cuajó luego en persona moral eclesial con la denominación de Unión Parroquial del Sur.

Primero fueron aquellos 17 párrocos; hoy la integran 26 sacerdotes y religiosos con hábito de todos los colores.

SU CONSTITUCION

Hemos leído detenidamente el denso contenido de los 28 artículos de sus Estatutos.

Hija del Distrito Especial de

Bogotá, la Institución no niega su ayuda a otras parroquias de la Archidiócesis; pero, sometida de por vida a la Autoridad Eclesiástica, su criterio y espíritu se derivan de la unidad diocesana, y en su servicio se catalogan. Porque sus fines son exclusivamente pastorales: estudiando las peculiaridades de cada parroquia y la complejidad de cada problema.

Por ellos, sus miembros se estrechan con vínculos amistosos y se solidarizan en las campañas

(Pasa a la pág. 3.)

Editorial

LA IGLESIA, organismo vivo

Solo hay una frontera definitiva: la que separa la vida de la muerte. Mientras hay vida, hay esperanza. Sólo la muerte se nos muestra como irreversible. Y si esto se dice, y con razón, de los seres animados, eso mismo puede decirse de las entidades. Sólo que en éstas la línea es menos determinada. Un hombre muere de una vez, casi diríamos de una manera rotunda, y empieza pronto a descomponerse. Las entidades pueden sobrevivir a su propia muerte, tener dinero, prestigio, influencia... y, sin embargo, estar auténticamente muertas. Quien sepa observar la realidad podrá verlo con claridad. Hay grandes organizaciones sólo mantenidas por la rutina, la vanidad o los intereses creados. Pero que están muertas, y bien muertas. Sin horizonte, sin porvenir, sin ilusión alguna.

En ellas pensábamos, por contraste, al releer este número para preparar el comentario editorial. Por contraste, si, con nuestra Madre la Iglesia Católica. Porque si algo se desprende de las crónicas, de los reportajes, que en éste y en todos los números recogemos, es una sensación de vida. Cierta que hay problemas. Cierta que se producen situaciones trágicas. Cierta que la Iglesia experimenta en la actualidad no pocas dificultades. Cierta que también en su seno se dan organizaciones muertas, rutinarias, vacías hace tiempo de contenido. Cierta que no en todas partes es la misma la tensión espiritual. Pero... no menos cierto que la Iglesia presenta hoy una vitalidad asombrosa, una prometedora y pujante primavera.

Hay problemas, pero se estudian y se afrontan. Hay desequilibrios, pero se procura ponerles remedio. Hay situaciones difíciles, pero se les sale al paso. ¿Quién podría hoy vanagloriarse de un exodo por motivos puramente ideológicos como el que se está provocando hacia América y África? ¿Quién podrá hablar tan alto de una eficaz oposición al comunismo en los mismos países sojuzgados por él? ¿Qué entidad del mundo, perdonémoslo lo material de la consideración, tendrá hoy en marcha un programa de construcciones como el de la Iglesia? ¿Quién podrá ofrecer en su haber una mayor suma de sacrificios voluntarios?

Es una consideración gratísima a la que no puede sustraerse el católico que viaja o se asoma al mundo a través de cualquiera de los medios de información: en los suburbios de París o de Hong-Kong; en las campañas italianas o en torno a los lagos africanos; entre obreros o entre intelectuales... hermanos suyos en la fe trabajan y se esfuerzan y luchan por la Iglesia santa.

No todo son victorias, es cierto. Pero ¿es que no ocurre lo mismo en un organismo vivo? ¿Está inmune a la fiebre el cuerpo de un hombre vigoroso a los cuarenta y cinco años? No. Pero desborda vitalidad, iniciativas, brio. Esa misma consideración nos consuela. Si los pueblos de África se independizan, y no todo es grato para un cristiano en sus primeros pasos libres; si de América llega un clamor pidiendo sacerdotes; si la vieja Europa siente el empuje de un renovado ataque de las sectas; si en todas partes la presión demográfica causa la enorme dificultad de seguir el ritmo de la población creciente con una pastoral eficaz... de una cosa podemos estar seguros: de que hay quienes sienten estos problemas como suyos, quienes queman su vida por resolverlos, quienes, consiguiéndolo o no, se esfuerzan por hallarles un remedio. Y esto es vida.

Vida son las experiencias americanas recogidas en este número. O las francesas que comentábamos en el anterior. O las que desde África nos llegaban en esas mismas páginas. Vida, en una palabra, es trabajar, esforzarse, sentir, llorar, padecer, triunfar... y no limitarse a vegetar, añorar, murmurar, destruir o disfrutar de las rentas de un pasado más o menos glorioso.

Vida es el espectáculo que hoy nos ofrece la Iglesia. Y vida debe ser el que nosotros mismos, sus sacerdotes, debemos ofrecer continuamente. Porque sería muy triste que a esa vida cuya sirviera de contraste nuestro mortal aburrimiento, nuestra fatal desgana.

INCUNABLE

RADIO SUTATENZA

EN las aulas del Seminario aprendimos a empezar siempre por la definición nominal: explicar las palabras que empleábamos. Por eso, con lealtad, he de decir desde el principio que "Radio Sutatenza" no es sólo una radio, ni está sólo en Sutatenza.

Porque lo que empezó siendo sólo unas escuelas radiofónicas, ha pasado a ser todo un enorme complejo que lleva el nombre de "Acción Cultural Popular", con un edificio impresionante en la más céntrica de las avenidas de Bogotá; con una editorial, y unos talleres, y unos laboratorios técnicos; con varias emisoras; con centros de formación; con un interesantísimo curso anual para seminaristas...

Y, naturalmente, no está ya sólo en Sutatenza. Gran parte de sus instalaciones se encuentran en Bogotá. Y la tendencia es hacia una descentralización, dejando en manos de cada diócesis sus propias responsabilidades.

Pero empecemos por decir qué es Sutatenza: una parroquia, a unos 140 kilómetros de Bogotá, que apenas tendría derecho al nombre de aldea. En 1947, cuando el P. José Joaquín Salcedo llegaba a ella como coadjutor, tenía ochenta habitantes, pero constituía el núcleo urbano más importante de una población de nueve mil. Tengamos en cuenta que estos nueve mil habitantes estaban esparcidos en una superficie de 150 kilómetros cuadrados, pero tan accidentados que su desnivel, desde la parte más alta a la más baja, era de unos 2.000 metros. Esto da idea de las enormes dificultades que no sólo la acción pastoral, sino cualquiera otra actividad, tenía que encontrar. La mitad, por lo menos, del suelo de Sutatenza, había sido escarbado por la erosión, y no podía utilizarse. Los métodos de cultivo eran enteramente primitivos. El analfabetismo puede decirse que total. La falta de higiene, absoluta. El nivel de vida, infimo.

Si hoy visitamos Sutatenza, vemos que todo ha cambiado. Está la iglesia primitiva, pero están también los dos grandes edificios destinados respectivamente a la formación de los hombres y de las mujeres, que llegan allí desde todo el país. Y el cine. Y las instalaciones de la poderosa emisora.

¿Cómo se ha hecho el milagro? De una manera bien sencilla para ser contada, pero muy penosa para ser vivida. El joven coadjutor quería hacer algo. Empezó por las proyecciones, y se ganó la confianza de los labriegos. Continuó con el teatro. Y ya al llegar allí se dio cuenta de que nada se podría hacer en un nivel cultural tan enormemente bajo. Surgió entonces la idea de elevar el nivel cultural por medio de la radio. Los seminaristas de Tunja, en cuya diócesis está enclavado Sutatenza, se fueron a través de los montes llevando cada uno de ellos un receptor de pilas. El Padre Salcedo les habló con una emisora



El Padre don José Salcedo.

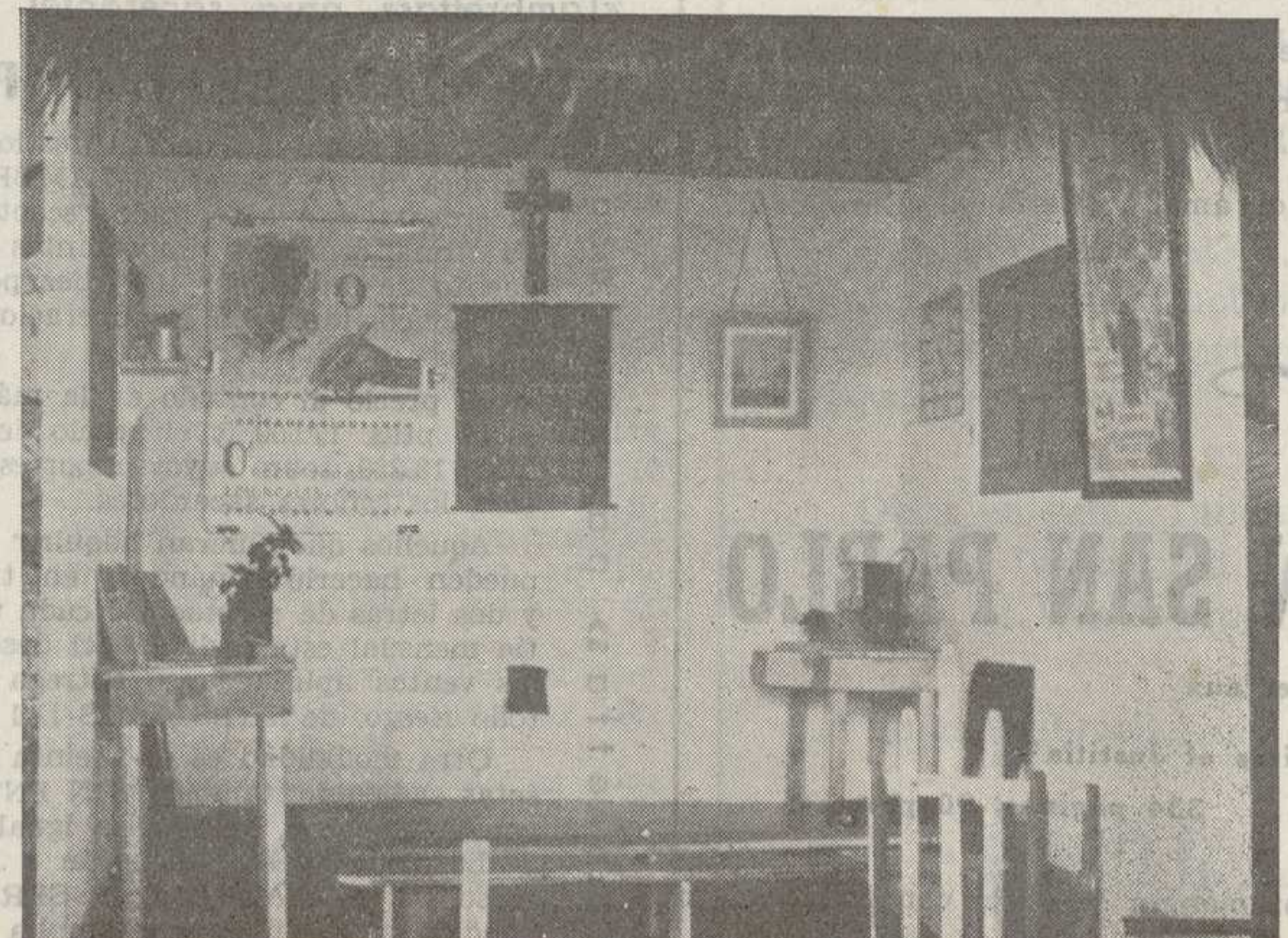
de onda corta y comprobó así que se podría llegar a todos los rincones de la parroquia. En mayo de 1948 el P. Salcedo iniciaba su obra.

Era una humilde emisora, de construcción artesana, instalada en la casa cural. De ella estaban pendientes tres receptores no menos humildes. Poco a poco se venció la resistencia. Y hoy Acción Cultural alcanza a 681.000 oyentes, todos ellos controlados. Muchos más que no han querido dar su nombre, y que acaso lleguen a alcanzar el número de dos millones. Para ellos, cinco emisoras trabajan durante treinta y cinco horas cada día.

ALFABETIZACION

Repartidas a millares por todo el país, están las escuelas radiofónicas. Una mirada a la pirámide de la vida cultural colombiana que presentamos al lector, le dará idea de la magnitud del problema. En una nación de un 70 por 100 de analfabetos no se puede hacer nada serio mientras esa situación no se remedia. Pensar en poder movilizar el número ingente de maestros que para ello haría falta, es sencillamente utópico. Pero en la escuela hay un aparato de radio que únicamente sirve para captar las emisiones de la estación correspondiente. Hay un hombre de buena voluntad, el auxiliar, que va haciendo lo que la radio le indica. Y hay un grupo de campesinos a los que se les ha despertado el deseo de aprender. Cada uno de estos campesinos tiene delante de sí una cartilla de lectura, preparada por dos Hermanos de las Escuelas Cristianas, Idinael y Fulgencio. Radio Sutatenza se lo ha proporcionado todo por medio del párroco. Desde el primer momento se exige esta intervención del párroco, hasta el punto de que, cuando él se opone, la organización no proporciona absolutamente nada. Pocos casos se han dado tan tristes, pero los ha habido.

(Pasa a la pág. 4.)



Reproducción de una escuela radiofónica, en el pabellón de Acción Cultural Popular, en la Feria Exposición Internacional de 1955.